

Recensiones

599

la moderna epistemología del saber» (p. 164). En Teilhard cabe, pues, de forma original, un conocimiento del mundo a la vez que se conoce a sí mismo. En una palabra: «quiere sintetizar el método objetivo con el método subjetivo» (p. 249). Esto es meritorio y original.

En la segunda parte, integrada por los siguientes títulos, «El hombre como fenómeno evolutivo», «La causalidad», «La ortogénesis y el progreso», «Las leyes de la evolución», «La ley de complejidad-conciencia», el autor compara las concepciones biológicas sobre la evolución con la de Teilhard. Aquí se pone de relieve toda una serie de puntos en los que el P. Teilhard sobrepasa las teorías biológicas de la evolución y los puntos en los que permanece fiel a los datos científicos. Termina el libro con una visión de conjunto del edificio teilhardiano. Este es, a vuelo de pájaro, el esquema de esta obra.

Hemos dicho que nos gusta el modo como realiza su trabajo el P. Riaza, al mismo tiempo que admiramos su preparación científica, su vasta erudición y su profundo conocimiento del pensamiento teilhardiano. De acuerdo también en las dificultades señaladas en el sistema de Teilhard: tensiones entre emergencia y devenir, entre orden y azar, entre el uno y el todo (p. 441), y otras que el autor no nombra porque no son de su incumbencia. No obstante tenemos la impresión de que ha pretendido enjuiciar a Teilhard desde unos moldes que no se ajustan ni a su espíritu ni a su profunda intuición. En su descargo debemos decir sin embargo, que es consciente de este riesgo, ya que en la introducción advierte que «un estudio crítico de la fenomenología teilhardiana desde el método y los resultados de la biología evolutiva no agota la riqueza de su

pensamiento fenomenológico» (p. 27). Creemos nosotros que la mejor crítica de la Weltanschauung teilhardiana la hace él mismo en su inédito *Comment je vois* de 1948, al cual alude también el P. Riaza en la p. 442. Dice Teilhard: «No se trata aquí (sería ridículo) de una solución deductiva del mundo, «a lo Hegel», de un cuadro definitivo de verdad, sino sólo de un haz de ejes de progresión, como existe y se descubre, poco a poco, en todo sistema en evolución. No comprensión exhaustiva de la Verdad, sino líneas de penetración, por donde se entreabre a nuestros ojos una inmensidad de lo Real sin explorar aún» (CJV, 1).

A pesar de todo, los méritos que hemos reconocido al libro quedan en pie. Es una contribución valiosísima e imprescindible para el conocimiento preciso y exaltación de la obra teilhardiana, al mismo tiempo que constituye un punto de partida indiscutible para penetrar en los horizontes de lo real aún inexplorados que se abren delante de nosotros. Un libro que se hacía esperar y que no puede faltar de ninguna biblioteca sobre el tema. Con su lectura sabemos a qué atenernos acerca del valor metodológico y alcance de la obra teilhardiana, aspecto éste tan traído y llevado por unos y por otros.—J. SAHAGÚN LUCAS.

J. M. VAN CANGH, *Introduction à Karl Marx*. Editions J. Duculot, S. A., Gembloux (Bélgica) 1969, 128 p., 18,5 cm.

Como el mismo título nos indica, se trata de una introducción. Sin embargo no es una introducción a toda la obra de Marx, sino únicamente

a las diversas alienaciones: religiosa, filosófica, política, social y económica. En el estudio de esta última fuente de alienación nos hace la presentación de las dos obras fundamentales de Marx: el *Capital* y los *Manuscritos* de 1844.

El principal mérito de la obra es servirse de continuas citas de las obras de Marx y Engels, lo cual supone una visión más auténtica del pensamiento marxista.

La bibliografía está bien clasificada y, a pesar de no ser muy amplia, es representativa de lo más importante que se ha escrito sobre el marxismo. Hay que decir finalmente que el esquema seguido por el autor recuerda claramente la obra del gran conocedor del marxismo J.-Yves Calvez «El pensamiento de Carlos Marx».

Esta apreciación se hace evidente al comprobar la coincidencia de los datos de la biografía de Marx, puestos en un mismo orden y con unas conexiones muy similares. Sin embargo, puede tratarse de una mera coincidencia.—J. I. OSÉS.

DE ANDRÉS, Juan, *Mossén Sol. Sacerdotes Operarios Diocesanos, Italia*, (1969), 202 p., 19 cm.

Juan de Andrés además de escritor es un buen gobernante. No falta quien se pregunte si lo primero es fruto de lo segundo. Y no es charada: para ser buen gobernante, hay que saber mucho hoy. Incluso escribir bien. Y saber interpretar —actualizar— el pasado.

Su libro es el de un contemplativo, un poeta, un hermano de sabios y un cristiano.

Un contemplativo: porque cala hondo a pesar de las palabras que siempre atan y limitan. Sus insinuaciones a principio de capítulo dicen mucho de su talante personal: ¿más que del de Mossén Sol? De hecho resultan todo un tratado de vida cristiana (y apostólica).

Un poeta: y esto no cabe esconderlo. No hay celemin que valga. Es así. Buen conocedor de las palabras más típicamente castizas, sacó lo mejor que tenía almacenado. Para algo lleva dedicadas ya dos biografías a su ideal: Manuel Domingo y Sol. Y las dos diversas. Las dos cariñosas. «Un hombre que supo darse» será más amplia, más directa, pero «Mossén Sol» será en cambio más cercana, más rápida, más inmediata. Tal vez sea el mejor aperitivo para la otra.

Un hermano de sabios: en cualquier encuentro ocasional, habrá oído perorar a sus hermanos sabios, acerca de la cantidad como signo y repetición de la del primer «santo de Dios». El libro es una demostración indirecta de tal aserto. Don Manuel fue un Evangelio vivo.

Un cristiano: porque adora las maravillas de Dios en los hombres, no humilla a nadie para ensalzar a su protagonista (confía lo bastante en él), subraya unos valores válidos entonces y hoy, deja entrever una urgencia y es bueno al hablar del continuo diálogo Dios-Hombre.

El libro merece ser leído. Por el homenajeado y por el autor.

Ayuda a ser bueno, a cantar las maravillas del Padre y a sonreír suavemente.

Equilibrado como siempre, no es un libro de hoy. Lo es también de